

I. UNA FUNCIÓN DE LA DOCENCIA: LA TUTORÍA.

Por. Adelina GALINDO ROMERO
Universidad de Sonora
agalindo@sociales.uson.mx

SINOPSIS: I. Nota introductoria. II. Planteamiento del problema. III. Necesidad de las tutorías. IV. Aptitudes que debe desarrollar el tutor. V. Conclusiones.

I. Nota introductoria

Entre la gran diversidad de actividades laborales de los seres humanos, la docencia resulta particularmente distinta. En esta actividad está implícito, para el profesor, asumir funciones donde las relaciones interpersonales dejan marcas profundas en la forma de ser de quienes participan en el proceso educativo.

Los seres humanos invertimos una gran cantidad de tiempo en el proceso de aprender en las instituciones educativas; en esos lapsos el docente es el protagonista principal. Esto último justifica la necesidad del maestro de hacer algunas distinciones en cuanto al origen de las funciones que se le asignan. Dentro de esas funciones, la tutoría resulta de particular relevancia y complejidad.

Todos nosotros al desarrollar nuestra labor como maestros, de manera cotidiana realizamos funciones de orientación, de asesoría, de tutoría.

Debemos reflexionar, recapacitar sobre nuestra práctica educativa desde la perspectiva de la interacción humana. Visualizar la relación maestro-alumno de una manera dinámica y productiva, en donde todo lo que hace el profesor, en esta interacción tiene repercusión finalmente, en el proceso de aprendizaje del alumno.

Al mismo tiempo, es necesario motivar a los alumnos para que se acerquen a sus maestros tutores, buscando esa asesoría académica, esa orientación y acompañamiento que se traducen en beneficios mutuos al involucrarse en esta función tutoría.

I. Planteamiento del Problema.

¿Que docente no se ha confrontado con problemas en los vínculos con y entre los alumnos? ¿o qué director no ha tenido que mediar en situaciones problemáticas entre los estudiantes y los maestros?. Por otra parte, ¿cuántas veces se siente en nuestras escuelas que no son suficientes las estrategias dentro de los muros del aula para lograr que los alumnos aprendan más y mejor?

¿Quién de nosotros no padece la angustia de pensar en los jóvenes que dentro de muy poco saldrán de nuestros muros para enfrentar y lidiar con un complejo conglomerado de instituciones y alternativas, después de esa etapa de tránsito de su educación escolar?

La institución educativa es un organismo que se mantiene vivo gracias a las acciones de los docentes. El profesor a su vez se ve comprometido con una amplia función de vigilancia, debe estar atento

a lo que el entorno plantea como nuevas necesidades para mejorar el proceso educativo de los alumnos y aportar ideas e innovar constantemente, adecuándose a la realidad de un conocimiento en constante y rápida evolución.

Sin embargo las funciones que cumple el profesor en el ámbito de la institución educativa están marcadas por el sello de los compromisos del orden laboral y esto lo saben mejor que nadie los maestros. Sus actividades superan dichos compromisos, ya que pueden desempeñar funciones muy diversas y profundas, como la de colaborar en la formación de los alumnos desde los valores, las actitudes y el desarrollo de habilidades. Todo lo anterior difícilmente se incluye en un contrato laboral.

El maestro ocupa un lugar privilegiado en la relación que establece con sus alumnos, ya que es visto como una autoridad, ajena al grupo familiar, investida de sabiduría y poder. Esto lo coloca en el riesgo constante de ser requerido por sus alumnos para plantearle una problemática diferente de los contenidos académicos, una problemática asociada a dificultades de orden familiar o personal.

Así también, el profesor juega un papel fundamental en el desarrollo de las habilidades, actitudes y valores de sus alumnos; a decir verdad siempre ha jugado ese papel. La diferencia estriba en que ahora su rol es mucho más activo y le exige una interacción más interpersonal y empática con sus alumnos. Le exige también la búsqueda en la realidad externa a las aulas para hacer que los aprendizajes de sus alumnos tengan mayor sentido y significado, ya que en la actualidad pareciera que estamos ante un mundo que ofrece pocas alternativas para ser feliz.

En cuanto al maestro que se congela en su papel de docente, esta rigidez limita su acción frente al grupo, le permite una comunicación parcial, y por lo tanto muchas veces es difícil para el alumno descifrar lo que el maestro ha querido expresar. Las ideas sin emociones y contenidos deshumanizados llevan al alumno a ver solo la interacción en el aula como un mero trámite.

II. Necesidad de las tutorías.

Gran parte de los problemas que tienen los jóvenes para aprender y para convivir en la escuela se asocian a su soledad, pero más aún, a la soledad de los docentes y de las escuelas. Están desorientados y poco acompañados.

La función de tutoría vista de este modo se debe desarrollar, porque es una necesidad en las escuelas y de los maestros para que los muchachos se sientan mejor y aprendan mejor mientras están en las instituciones. Pero además no es solo una función para “crear condiciones”, es también una función que permite aprender contenidos a través de su propio desarrollo y que facilita una mejor transición entre esa vida ordenada por las normas escolares y la incierta vida que los espera al cerrar la puerta de la escuela.

Es necesario incentivar esta función que es condición indispensable para poder enseñar mejor. Esa necesidad es la de orientar y acompañar, tutorar a los muchachos en su vida escolar. Las nuevas propuestas curriculares e institucionales plantean la necesidad de ejercer esta función de tutoría como una ineludible estrategia de las comunidades educativas. Sin embargo, es también un producto de un interesante proceso de renovación y modernización de las formas de hacer política educativa y de la profesionalización de la burocracia educativa.

La tutoría tiene un origen muy antiguo, Platón y Aristóteles fueron tutores de sus discípulos. En la actualidad se hace aún más necesaria esta labor como una forma, en primer lugar de integrar al alumno a la vida universitaria, después es un elemento fundamental para abatir la deserción escolar y elevar los índices de eficiencia terminal.

La transición de un ciclo a otro no solo expresa problemáticas ligadas a la calidad y la socialización, que deriva en procesos de deserción temprana del sistema, sino que también acarrea una sensación de insatisfacción y descontento no medible estadísticamente, pero muy experimentada en las escuelas. Esta sensación no tiene manifestaciones políticas explícitas en el sentido tradicional, pero genera actitudes de apatía, resentimientos, bajo nivel de contención y hasta una pérdida de sentido de lo que se enseña y aprende en el aula.

También es cierto que esta situación no es experimentada por todos los estudiantes de la misma forma. En muchos casos, esta etapa de escolaridad y cambio de docentes permite un crecimiento importante en el desarrollo educativo del alumno. Pero no por ello, debemos dejar de reconocer que existe una gran mayoría de jóvenes proclives a experimentar cambios negativos. Los estudios realizados al respecto nos muestran que se encuentran generalmente en este caso, los alumnos que provienen de sectores sociales de escasos recursos, que tienen que realizar largos desplazamientos hasta la escuela, pertenecen a determinados grupos sociales o étnicos, estudiantes con mas bajos rendimientos en las etapas escolares anteriores y con más bajo autoconcepto; Todos estos conflictos o factores de riesgo debemos de considerar en el proceso educativo como proveedores de fuerzas para integrar, las diferencias enriquecen cuando son entendidas como diversidad y no como divergencia.

A través de las tutorías se pretende que a los jóvenes se les brinde acompañamiento y apoyo que les ayude a minimizar el gran cambio que resulta para ellos el salir de la escuela preparatoria e ingresar a la Universidad. Tratar de que se sienta protegido, acompañado y con ello se mejora y eleva la calidad de la educación.

Los jóvenes de hoy viven en otro mundo muy distinto del que a nosotros nos tocó vivir en nuestra juventud y formación profesional. Por lo mismo debemos hacer hincapié en ellos hacia los valores, la moral, el consenso; ahora todo lo debemos consensar: el medio ambiente, el rol del maestro, del alumno, de las autoridades, etc.

Actualmente los alumnos de los diferentes niveles académicos se ven expuestos a una gran cantidad de estímulos a los cuales sus profesores jamás estuvieron expuestos. Los medios de comunicación e información, desde la televisión comercial hasta el más sofisticado sistema de comunicación electrónico, ofrecen a los jóvenes constantes oportunidades de estimular su emocionalidad.

Los muchachos se ven saturados de falsos conocimientos difundidos por los medios de comunicación masiva y por las nuevas y cada vez más complejas partes de la estructura social. La familia también agobiada por las exigencias del medio, ya no es un continente fuerte para organizar la vida emocional de los jóvenes. De tal manera que el profesor debe jugar un papel regulador del desarrollo y expresión de las emociones de sus alumnos.

Así también estamos en la era del constructivismo en que el alumno debe investigar, escribir, redactar lo que estudió, lo que entendió. Las nuevas corrientes permiten el conocimiento del alumno

dependiendo de sus necesidades. De aquí a través de este pensamiento epistemológico es cuando surgen las competencias: laborales, prácticas, disciplinarias. Solamente reflexionando en estas ideas podemos llegar a entender a los jóvenes, no imponiéndoles nuestra voluntad, como si nosotros fuéramos poseedores de la verdad absoluta.

Por otra parte es importante conocer que alumnos estamos recibiendo en las Universidades o Instituciones de educación superior, pero más importante aún es saber y reconocer que profesionistas le estamos heredando a la sociedad.

Como docentes sabemos que estamos a cargo, que somos responsables del aspecto académico de los estudiantes, pero del aspecto personal, del aspecto humano ¿Quién se hace responsable? ¿La institución? Quizás sí, pero a través de sus docentes, de sus tutores.

III. Aptitudes que debe desarrollar el tutor.

El tutor debe tener capacidad para escuchar, disposición para la comunicación, capacidad de observación y habilidad para estimular el estudio autónomo. El tutor debe preocuparse primero por su conocimiento, por su crecimiento personal para ayudar así y apoyar en ese crecimiento a los alumnos.

Debe motivar e informar al alumno sobre actividades complementarias para su formación. No tiene que ser un todólogo, sino saber canalizar a los jóvenes a los servicios especializados cuando se requiera (identificar problemáticas) pero evitando los prejuicios y estigmatizaciones para con sus estudiantes, promover expectativas altas en ellos, fijación de metas y más allá de ellas.

Hoy en día nos hemos centrado más en cursos de capacitación a los maestros que en relaciones humanas, que permitan conocer al estudiante y sus diferencias entre ellos, ya que provienen de diferentes bachilleratos, estilos de vida y comunidades distintas. Pareciera que la ciencia nos lleva al conocimiento epistemológico, desdeñando otro tipo de conocimiento.

No todos los estudiantes requieren de tutoría, ni esta debe ser igual para todos, en esto se basa precisamente su esencia.

Hay que tomar en cuenta que a veces podemos provocar más cambios en nuestros alumnos recomendándoles ver alguna película, escuchando alguna canción que los haga reflexionar, conociendo alguna biografía de algún personaje famoso o desvalido, asistiendo a una obra de teatro o exposiciones de arte.

La tutoría es una relación humana compleja, propicia el diálogo, las interconexiones con el sistema educativo. Uno de los grandes valores modernos es el diálogo y este implica unión, unir lo inconexo. Cuando el tutor tiene la visión de las rupturas que se presentan en el interior del aula, de la escuela, entonces será capaz de desarrollar su función.

Primero por medio de la tutoría ayudamos a que el muchacho se integre a la Universidad, a sus compañeros, a sus maestros, a los servicios que ofrece la institución; después vendrá el desempeño mediante el conocimiento de la disciplina y reconocimiento de sus fortalezas y debilidades, actitudes, hábitos de estudio, necesidades, ayudándolo a construir su plan de vida y a fijarse metas las cuales siempre es posible superar y al final, apoyándolo en su integración a la vida profesional, familiar y al mercado laboral al cual tendrá que enfrentarse al cerrar las puertas del aula.

IV. Conclusiones

La fortaleza de un proyecto educativo está en acordarlo, en definir las estrategias y en el estímulo y apoyo mutuo que se establezca para lograrlo. Las debilidades están en el no saber, en el no participar, en el ser siempre sumiso o en el ser siempre opositor. El peligro no está en la discusión, sino en la fragmentación.

En la docencia, al igual que en la medicina, el trabajo social y todas aquellas actividades en que la relación humana es el eje de la actividad, no es posible dissociar la relación interpersonal de la relación profesional. Y en este ámbito, en particular, la diferencia estriba fundamentalmente en que la interacción que se establece tiene mayores posibilidades de trascendencia; es decir, el maestro se relaciona con el alumno, el asesorado, el tutorado, no para resolverle un problema específico, sino para prepararle para la solución de problemas propios en la vida.

El docente aparece en la vida de una persona constantemente, se le asocia con momentos gratos y no tan gratos, se le recuerda por sus atributos o por sus defectos; es un protagonista constante en la vida de una persona. Los educadores sabemos que hacemos algunas cosas bien y otras cosas mal. Sabemos también que cada uno de nuestros colegas hace algunas cosas bien y otras cosas mal. Pero el problema estriba en que no nos damos tiempos para intercambiar, para investigar o para escribir.

La tutoría es pues, un acto de amor, amor hacia nuestros alumnos, hacia nuestra institución, hacia nuestra vocación de docentes, amor a la vida.

Referencias Bibliográficas.

Ayala Aguirre Francisco G. (2003). *La Función del Profesor como ASESOR*. Trillas. ITESM. Universidad Virtual. México.

Krichesky Marcelo y Molinari Andrea. (2004). *Proyectos de Orientación y Tutoría*. Paidós SAICF. Buenos Aires.

García, F., Trejo, M., Flores, L. y Rabadán, R., (2007) *.La Tutoría*. Limusa. México.